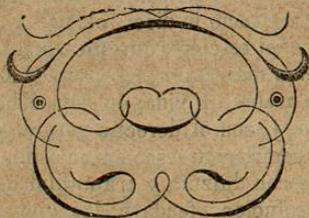


mi cabaña, no al lado de tu rey, sino de tu amigo, y mañana volverás á decir á los romanos que si aman á Numa todavía, lo hagan ver dejándole en la pacífica obscuridad que posee.

Diciendo estas palabras, sale de la cabaña de Zoroastres; Anais le llamó pero en vano; esta fué la primera vez que Numa no respondió á su voz; los embajadores aflijidos y desconsolados le acompañaron en su nueva cabaña; Camila despues de haber defendido por mucho rato la resolucion de Numa, que Anais condenaba, fué con su querido Leonte á entregarse al sueño. Zoroastres y su hija quedaron solos y pensaron en la ejecucion de un importante proyecto.



LIBRO UNDECIMO.

ARGUMENTO.

La sombra de Tacio se aparece á Numa. Fuga de Anais y su padre. Desesperacion de Numa. Obedece finalmente los decretos celestiales y se resuelve á reinar. Leonte determina buscar á su padre y hermana. Llega Numa á Roma; júbilo y alegría de su pueblo: primera accion de Numa. Va al bosque de Egeria; conversacion con esta ninfa sobre la eleccion de ministros y consejeros, la guerra, la política, el orden social, las leyes, y la religion. Gobierno de Numa.

Retirado Numa á su cabaña, procuró en vano conciliar el sueño; todo cuanto Anais le había dicho se agolpaba en su imaginacion: me ha amenazado, se decia, con abandonarme, si por ella olvido lo que debo á mi patria, y me resisto á cumplir la voluntad de los dioses. ¿Quién mas desgraciado que yo, pues al mismo tiempo salto á los inmortales y á mi Anais? Mas si admito el

etro, ¿cómo podré en los primeros días de mi reinado efectuar mi casamiento con una maga? ¿Cuando mi proyecto es el de reinar por la religión, comenzaré á fomentar su culto colocándolo sobre el trono y á mi lado una enemiga de los dioses? Todo el pueblo la miraria con horror y á pesar de sus virtudes, seria Anaís el blanco del odio público. No debo esponerla al riesgo de semejantes males, y mucho menos puedo sacrificar mi puro amor á la vana esperanza de gobernar bien á los romanos. Hasta ahora he vivido pronto á sacrificarme por el bien de los otros; ya es tiempo de vivir para mí propio.

En medio de estas reflexiones, de improviso le asaltaban el pesar de afligir á su pueblo y el temor de irritar á los dioses, y destruian todas sus resoluciones. Combatido de afectos encontrados, su amor le arrastra á un partido cuando su piedad compasiva le llama á otro opuesto, dejándole indeciso sobre lo que debe resolver. Así el árbol ya cortado en torno de sus raíces por la segur y pronto á ceder al mas leve esfuerzo, se bambolea á todas partes y amenaza igualmente con su caída todos los puntos de su circunferencia.

Ya comenzaba la aurora á abrir las puertas del Oriente, cuando Numa fatigado de aquella interior batalla, se entrega al sueño. Mas no bien éste se apoderó de sus entorpecidos párpados, cuando se le aparece la sombra de un anciano cubierto de sangrientas y rasgadas vestiduras. Sobrecojido de terror, siente Numa erizársele los cabellos, pero luego que reconoce ser Tacio, se desvanece su espanto. ¡Oh mi padre y mi

rey! le dice: ¿qué causa te mueve á abandonar los Eliseos Campos? ¿Porqué traes estas ropas sangrientas que me recuerdan con dolor el delito de Rómulo? ¿qué me mandas? Habla, sombra terrible y amada, Numa jura obedecerte.

Camina pues á Roma, le responde el espectro con voz severa; los dioses te mandan reinar, he dejado mi lóbrega mansion para anunciarte sus decretos. Todavía no habita mi Alma en los Campos Eliseos: Minos, antes de recompensarme del poco bien que hice, me castiga del mal que dejé hacer. Permaneceré entre las tartáreas sombras, hasta el instante en que el pueblo romano sea el mas feliz de todos los del orbe. Tú solo, ó Numa, puedes ser mi libertador.

Dice y desaparece. Numa estiende los brazos para detenerle, pero solo abraza una vana imágen, que al punto se desvanece entre las tinieblas de la noche.

Despierta Numa cubierto de un sudor frio; se arrodilla, adora á los dioses, y les hace libaciones de vino. Apenas sale el sol, corre apresurado á buscar á Anaís para disipar con su vista el sobresalto que le acongoja.

Pero en vano la busca y la llama repetidas veces; Anaís no responde. Cuidadoso y asustado de aquel extraordinario silencio, entra en el retiro de Zoroastres, y halla su lecho y el de Anaís vacío: sobre la rústica mesa advierte unas tablillas; las toma, y lee estas palabras.

ANAIS A NUMA.

Me voy; no volverás á verme. En tanto que hubiera estado á tu lado, ó habrias rehusado el

NUMA.

20

trono que Dios te destina para la felicidad de dos pueblos, sacrificio que yo no debo admitir; ó subiéndolo al trono hubieras querido partírtelo conmigo y entonces sería Anais un objeto de horror para tus vasallos. Huyo lejos de tí, por tu interés y gloria; huyo de Numa en el día mismo.... mis lágrimas bañan estos caracteres. Adios Numa, ve á reinar; sé feliz, si te es posible, pero no olvides á Anais. Piensa que en mi asilo ignorado, continuamente me ocuparé en tus memorias; espero oír bendecir tu nombre, y entonces me aplaudiré de haber sabido comprar, á costa de mi desventura, la gloria que disfrutarás, la felicidad de tu pueblo, y la certidumbre de vivir siempre en tu corazón.

Dos veces leyó Numa este escrito sin poder derramar una lágrima: la sorpresa y el dolor le oprimen. Ni llora, ni se queja; considera aquellas tablillas con ojos enjutos y turbados. Así el ave que al volar trayendo á sus hijuelos el cebo, halla su nido robado, queda inmóvil sobre la rama, deja caer el alimento que tiene en el pico, y mira con ahinco el sitio en que estaba su dulce compañía.

Dos fuentes de lágrimas alivian finalmente la opresión de Numa: los sollozos y las quejas salen de su pecho en amargo tropel. ¡Anais, Anais! esclama con voz lamentable: ¡Anais me abandonas! ¿Piensas que podré sobrevivir á este golpe? ¿Discurre que no seguiré tus pasos, registrando hasta el ángulo mas remoto de la tierra para encontrar á mi Anais? ¡Y has podido abandonarme en el día de nuestro himeneo! ¡Has pasado junto

á la cabaña adornada y pronta á recibirte, y no has detenido las plantas, has podido....! ¡oh desesperación! ¡Cruel abandono! Renuncio para siempre la sabiduría, la gloria y la virtud, pues que no puedo vivir para ella: ¡voy á ser un insecto, pues Anais se lleva mi razón!

Dice, y arojándose en tierra se revuelca entre el polvo. A sus gritos y lamentos acuden Camila y Leonte. Uno y otro estaban muy ajenos de la fuga de Zoroastres y de su hija. Huyó de nosotros para siempre, les grita Numa luego que los ve: no volveremos á verla. Quiere Camila preguntarle, pero él repite: Huyó para siempre. Leonte recoge las tablillas, lee la despedida, y al otro lado conoce otra de Zoroastres para él y Camila. “No hubieras acertado, le decía, á resolverte entre tu padre y tu amigo; mi ternura ha querido escusarte tan doloroso combate. He debido apartarme de tí, hijo amado; pero nunca hubiera tenido valor de hacerlo, á no estar cierto de que volveré á verte antes de mucho tiempo.”

Numa, que oye estas últimas palabras, coje precipitadamente las tablillas, lee y vuelve á leerlas, y su sentido calma la desesperación de su pecho. Leonte llora con él, Camila los consuela, y el anciano Mecio, que llegó á la sazón, estrecha contra su pecho á los dos héroes, ofreciéndoles abandonar todo otro cuidado para ir en seguimiento de Zoroastres.

Al instante mismo quiere Numa marchar. Ya no se acuerda del imperio, solo piensa en volver á ver á Anais, y alcanzarla antes que se aleje de ellos. Mas apenas dió los primeros pasos cuan-

do cae á sus piés un rayo espantoso, y al mismo tiempo se oye una voz, semejante al trueno, que dice: *Numa acuérdate de Tacio.*

Numa se detiene con espanto; se avergüenza de haber querido posponer su obligacion y el bien de su nacion al amor que le domina; se pos- tra en el suelo y se mantiene un rato de este modo, pidiendo perdon á los dioses y á Tacio. Des- pues se levanta, y con semblante mas tranquilo dice á los embajadores: Vuestro rey soy, condu- cidme á mi pueblo.

No se atreven, al oirle Mecio y sus dos com- pañeros, á manifestar su alegría; conocen muy bien lo que le cuesta el sacrificio de un afecto que le es mil veces mas grato que la vida. Ocul- tando su gozo y satisfaccion, se preparan á lle- var á Roma al que se espera en ella como á un dios protector.

Leonte aprobando la resolucion de su amigo, siente no poderle acompañar; ha determinado se- guir los pasos de su padre y hallar á Anais; Ca- mila se dispone á acompañarle. Leonte se des- pide de su amigo con mil abrazos, y le jura vol- ver á Roma para no apartarse nunca de su lado, luego que haya empleado tres meses en buscar á Zoroastres. Numa que en un mismo dia se ve abandonado de su amigo y pierde á su aman- te, se encamina tristemente á Roma para ocupar un trono que no le consolará de lo que ha per- dido.

Ya pasa los Apeninos en compañía de Mecio y los embajadores, halla un carro que le tenían prevenido en las fronteras; atraviesa con rapidez el territorio de Roma y descubre sus fuertes mu-

rallas: estaban coronadas del pueblo todo, que cada dia venia á esperar la llegada de su rey.

Apenas divisan el carro, cuando pueblan el ai- re con mil gritos penetrantes: Miradle, decian, miradle; ya viene nuestro héroe, nuestro padre, el favorecido de los dioses y la salud de Roma. Mujeres, niños, Ancianos y soldados todos se precipitan con alborozo á las puertas, salen al campo, y corren al encuentro de Numa. Unos llevan en las manos ramos de flores, otros ramas de olivo; se las presentan desde lejos, y cubren con ellas el camino por donde ha de pasar; todos se apiñan en torno del carró y detienen su curso. El júbilo es igual en los romanos y sabinos, su impaciencia es la misma, y las dos naciones tie- nen un solo corazon.

Bajó Numa de su carro para mezclarse entre ellos. Entonces sí que todas las bocas le llenan de bendiciones. ¡Feliz el que puede estampar los labios en sus manos ó vestido! Lloro Numa, y estiende hácia ellos sus brazos; no halla voces para responder á sus votos; pero su silencio, su semblante y lágrimas prometen á su pueblo todo lo que le pide. Continuamente detenido por el gozo y nuevas exclamaciones, se adelanta Numa lentamente: de este modo, rodeado y confundido entre sus vasallos entra el virtuoso rey en su ca- pital, con gloria mas verdadera que la de un vencedor circundado de esclavos y sobre el so- berbio carro triunfal, desde el cual insulta á la compasion y humanidad.

Llega á la plaza y le visten las insignias rea- les; despues se dirige al Capitolio en donde quie- re rendir gracias á los dioses. Y a las nubes de

incienso embalsaman el aire, ya corre en arroyos la sangre de las víctimas, y sus entrañas anuncian á los augurios los mas felices presagios.

Numa pone su cetro y corona sobre el altar de Júpiter, y puesto de rodillas le dirige en alta voz estas palabras: ¡Oh Saturnio! Si entre esta multitud de romanos y sabinos, que juntamente conmigo te ofrecen sus votos, hay alguno mas inflamado que yo del deseo de hacer feliz la gente romana, dámele á conocer y al instante ciño su frente con esta sagrada diadema. Mas, si es tu voluntad que yo sea su poseedor, oye la súplica que te hago: el primer día que violare la justicia, que no escuchare las quejas del pobre ó que desprecie al desvalido, te pido que un rayo despedido de tu poderosa diestra me precipite del trono que voy á ocupar; solo con esta condicion le admito: ¡oh padre de los dioses y hombres! mas estimaré esta gracia que una victoria sobre mis enemigos.

Dice, y el pueblo le responde con nuevos vivas y aclamaciones; se da fin al sacrificio entre los rebatos del público contento. Sale Numa del templo, y doce buitres volando á su derecha le acompañan hasta el palacio.

El nuevo rey hace abrir el tesoro de Rómulo; la mitad reparte al pueblo y reserva la otra mitad para los habitantes del campo. Reforma y destruye para siempre el temido cuerpo de los céleres: no quiero ni ha menester mas guardias que el respeto y amor que mis vasallos me tendrán; mi dignidad me asegura aquel y mis virtudes deben granjearme éste. Los céleres me son útiles; vuelvan, pues, á ser ciudadanos. Dos

de ellos han asesinado á Tacio; á vosotros los entrego, sabinos. ¡Ojalá sea ésta la única sangre culpada que la espada de la justicia derrame durante el tiempo de mi reinado! ¡Ojalá que sean todos mis vasallos tan virtuosos que me escusen el ejercicio de la mas penosa de mis obligaciones!

Despues de haber cumplido así en los primeros instantes de su reinado con las dos grandes obligaciones de los soberanos aliviar al pobre y castigar al culpado, Numa se encerró por algunos dias seguidos en su palacio para hacerse enterar y dar cuenta exacta de sus fuerzas, riquezas, y sobre todo de los tributos que se podrian suprimir. Medita largo tiempo sobre las mudanzas que juzga necesarias; pero antes de emprender cosa alguna, resuelve ir al bosque de Egeria á implorar el auxilio de Minerva, y á llorar su querida Anais sin testigos y con entera libertad.

Sale de Roma, deja su comitiva, y solo se interna en la selva sagrada. En breve llega al banco de céspedes sobre el cual vió por la primera vez á la hija de Rómulo dormida. Apenas reconoce el sitio que ocupó la amazona, cuando le acomete un temblor universal; el corazon se le quiere salir del pecho con violentos latidos, y siente que le van á faltar las fuerzas. Dase prisa á huir de aquel sitio, y no obstante se aparta de él con sentimiento. Tan cierto es que el primer amor deja en el corazon un fuego inextinguible.

Ya lejos del asiento fatal, se sienta al pié de un árbol para recobrase de la alteracion que an padecido. Allí recojido en sí mismo, y entregado á aquella dulce melancolía que hace llorar sih

padecer, trae á la memoria sus primeros años; recuerdo, á veces doloroso, pero siempre grato á un corazon sensible. Numa repasa en su imaginacion su primer viaje á Roma, el sueño que tuvo en la fuente de Pan; la ninfa Egeria que le enseñó las máximas de la sabiduría; su amor á Hersilia, primera causa de sus penas, y el que le inspiró Anais, cuyo nombre basta á tranquilizarle; Anais que ha perdido, pero cuya imagen le acompaña á todas partes, defiende su corazon contra los riesgos que de nuevo le podrian amenazar, y deja en su alma una dulce memoria mezclada de alguna incierta esperanza, que sirviéndole de alivio en sus penas, le anima y escita á practicar la virtud.

Mas tranquilo Numa, se levanta y quiere tomar la senda que va al templo de Minerva; pero pierde el camino, y metiéndose en lo mas espeso del bosque, llega a una fuente de agua cristalina que salía al pié de un montecillo rodeado de altos y frondosos álamos. Estaba aquel sitio tan oculto y apartado que parecia no haber sido pisado nunca de humanas plantas, ni sus yerbas y tiernas ramas pastadas por la boca de los hambrientos ganados. Todo el montecillo estaba rodeado de árboles apiñados unos contra otros que le hacian impenetrable; una multitud de rosales y otros arbustos formaban en torno de los árboles un vallado natural y vistoso. Aquel asilo silencioso y tranquilo parecia propia morada de alguna deidad. Tal debia ser el sitio del monte de Gargafia, en donde el temerario Acteon sorprendió á la hija de Latona, ó mas bien, tal seria el

asilo adonde Febe bajaba desde el cielo á visitar á su dormido y bello Endimion.

Numa admira aquel hermoso sitio y se promete volver á él muy á menudo. Llega á la fuente, y se baja para cojer agua con la mano; pero en el mismo instante en que la lleva á la boca, oye una voz que le dice indignada: ¡Cómo te atreves, mortal osado, á tomar agua de esta fuente sagrada! ¿Quién te dió licencia para tanto? Numa, turbado y lleno de respeto, deja caer el agua, y responde con timidez: ¡Oh ninfa! perdona mi ignorancia; no sabia que esta fuente te estuviese consagrada; verdad es que debí pensarlo al ver la cristalina belleza de sus aguas.

Puedes ya beber en ella cuanto quieras le responde la voz con dulzura. Numa, ha mucho tiempo que te amo y que te espero en este sitio; acuérdate de la ninfa Egeria, cuyos consejos te prometió Ceres; este es mi asilo sagrado. Aquí me oirás pero sin verme; guárdate de intentar romper el velo que oponen á tu curiosidad estos naturales vallados. Esta es la voluntad de Ceres. Vendrás á esta fuente siempre que necesites de hablar conmigo; ven á comunicarme tus leyes antes de establecerlas; tambien me comunicarás tus proyectos, tus temores y esperanzas; yo te daré mis consejos sin que pretenda que tú los sigas. Contenta con aconsejarte, nunca te mandaré. Tú me consultarás como á diosa; yo te hablaré como amiga. Adios Numa; dentro de tres dias te aguardo.

Calló la voz, y Numa inmóvil escucha todavía. Penetrado de gratitud y alegría, se arroja dando gracias á Egeria, y adora la benéfica

Céres su protectora; da á la ninfa las mas afectuosas gracias, y ya se atreve á preguntarla, pero la voz no responde. En vano presta atento el oído Numa, solo oye en el bosque el manso ruido de las hojas agitadas por el céfiro; mira y observa al rededor de sí, y solo advierte árboles y matas. Demasiado religioso para pensar en penetrar el prohibido recinto, se retira á su pesar de la fuente. Seguro de que los dioses le ayudarán en el gobierno de su imperio, vuelve á Roma lleno de esperanzas y fortaleza.

Desde aquel instante junta los principales puntos de la legislación que quiere sujetar al exámen y censura de la ninfa. Esta larga y penosa tarea le distrae de los pesares que le ocasiona el amor. Algunas veces se entrega á la dulce esperanza de que los inmortales le volverán á su idolatrada Anais en pago de sus afanes, y esta idea le llena de un nuevo ardor para dedicarse enteramente á la felicidad de sus vasallos.

Llegó el tercer día señalado por la ninfa, y Numa acude presuroso á la fuente; invoca á Egeria, y oye su voz que le dice: ¿Estás contento de tí mismo, Numa? ¿Has hecho ya muchos dichosos? Oh ninfa, replica el rey, á todos parece esto muy fácil, pero luego que me he visto sobre el trono, he hallado que solo es facil el error; y hacer los mayores males á pesar de la mejor voluntad. He hallado la cuenta que me han dado de la administracion del imperio muy diversa de lo que yo creía. Cuando he hablado de corregir varios abusos, me han dicho que eran necesarios, y que de su supresion resultarian males mucho mayores. Por otra parte, aquellos

mismos que podrian ayudarme á hacer el bien, tienen interes en que el mal subsista. La verdad huye lejos de mí; estoy rodeado de engañosos lisonjeros: la justa desconfianza que me han inspirado, me obliga á hacerlo todo por mí mismo, y hará muy tardia y penosa le ejecucion de los mejores proyectos. Quizás tambien el peso será demasiado grande para mi flaqueza, y así, la única ventaja que vendré á tener sobre un mal rey, será la de sentir y llorar los males que no podré remediar.

¡O Numa, responde la ninfa; cuantos errores en esas pocas razones que acabas de decir! Veo en tí un retrato de aquellos hombres inclinados al bien y ansiosos por ejecutarle, pero que, á los primeros obstáculos que encuentran, se desaniman y abandonan la empresa. ¿En dónde estaria la gloria de los grandes reyes si fuese tan facil gobernar bien? No hay duda que querrán engañarte, que por todas partes te armarán lazos y asechanzas. La adulacion, la vanagloria, la vil astucia y la torpe sensualidad habitan al rededor del trono; ocultas bajo una máscara engañosa y con los ojos incesantemente fijos sobre el corazon del rey, aguardan, para apoderarse de él, el primer momento de debilidad. El interes la hace estar continuamente despiertas, y el rey es vencido si duerme un solo instante. Pero estos peligrosos enemigos dejan de ser temibles luego que son conocidos; sea pues tu primer estudio, tu principal ocupacion el arte de reconocerlos. Aquellos que continuamente te seguirán, aquellos que todo la hallarán facil, que lisongearán tus gustos y que siempre serán de tu mismo dic-

támen, estos, Numa, estos son tus mortales enemigos. Arrójalos, no de tu corte, pues quedarías solo; pero sí de tu corazón y de tu consejo: desprécialos, y no temas dárselo á conocer: quizas de este modo conseguirás espantar la generacion siempre renaciente de los que quisieran imitarlos.

Mas te encargo que por ningun caso estieras este desprecio á todos los hombres; esta desconfianza, esta mala opinion de la humanidad en total, seria igualmente injusta y dañosa, porque produciria en tí una peligrosa indiferencia sobre la eleccion de los que destinases á ocupar los empleos: de esto nacerian inmensos males. Aunque rey, no eres mas que un hombre, y el amor de las virtudes, que inflama tu pecho, puede tambien abrigarse en los pechos de otros semejantes tuyos. Estima pues á los hombres; estima tambien á algunos áulicos, porque los hay que practican la virtud y aman el estado y su señor con sincero afecto. Estos nunca lo dicen, ni de ello se alaban; pero la voz pública lo dice por ellos. No formen intrigas para obtener los puestos y honores, pero la nacion se los da. No temas ser del mismo dictámen que tu pueblo ni te avergüences de ir á buscar á los que no te se presentan; en hacerlo, nada perderás del decoro de tu dignidad; los ensalzas sin abatirte, y por medio de una sola palabra ó de una muestra de afecto, que nada cuesta á un corazón sensible, aumentarás sus talentos y virtudes, y aun mas el amor que te profesen. ¡Oh y cuán gran mérito es en un monarca olvidar el orgullo de su escelsa dignidad con aquellos que son su mas firme

apoyo! Sea enhorabuena terrible con los malvados y severo con los aduladores; pero que los buenos hallen en él un amigo, y parezca que con su afabilidad les dice: gusto de tratar como á mis iguales á todos aquellos, cuyo corazón es parecido al mio. Mi mayor complacencia, respondió Numa, será siempre honrar tales hombres, y mi primer cuidado será buscarlos. ¿Pero aun ayudado de ellos podré hacer el bien hasta pasado mucho tiempo? Mi pueblo está acostumbrado á buscar su subsistencia con los robos y desórdenes que la guerra ocasiona y permite; hoy día se contempla desgraciado con la ociosidad en que se halla, y esta le hace caviloso, turbulento y feroz. Este mismo pueblo se compone de dos naciones rivales entre sí y á menudo opuestas, y solo podria reunir las por medio de leyes sabias y adaptadas á su verdadero interes. Esta grande obra pide largas meditaciones; la paz y el descanso me son necesarios, y por todas partes veo que la guerra me amenaza. La altiva Hersilia junta contra mí la Italia entera y no tardará en venir á poner el sitio á Roma. Los pueblos recién conquistados tratan de sacudir el yugo; la peste ha dejado el reino sin poblacion, y mis vasallos vejados en tiempo de Rómulo no pueden hoy día pagar los tributos. La guerra acabará de arruinarme, y para evitar esta guerra y desunir á mis enemigos, se necesita de un arte que no conozco. Este arte, que llaman política, es superior á mis luces y repugna á mi corazón. ¿Qué debo hacer? ¿Cómo podré remediar los males presentes y evitar los futuros?

Numa, le responde Egeria, es una verdad cons-

tante y cierta, que nunca deben los reyes sobre todo perder de vista que la virtud, el valor y el juicio superan los mayores obstáculos. Tú posees estas tres prendas, solo necesitas ponerlas en uso. Pensemos ahora en el riesgo mas inmediato.

Antes de todo necesitas de la paz, para conseguirla prepárate prontamente para la guerra; este es un precepto tan antiguo como el mundo. Rómulo debe haberte dejado un ejército aguerrido y excelentes generales; manifiéstales la mayor consideracion, y prodiga entre ellos los honores merecidos al primer estado de la sociedad, que es el de defensor de la nacion. Cuanto mas aborrezcas la guerra tanto mas debes amar á los soldados; gloriarte del nombre de compañero suyo y repárteles á menudo títulos y distinciones, pero nunca dinero: los honores los harán mas valientes pero las riquezas los enervarian. Acuérdate de aquel ejército de Capúa que Leonte destruyó con tanta facilidad; el lujo solo fué causa de su perdicion. Si quieres que esta peste no entre en tus huestes has de empezar por desterrarla de tu palacio. El ejemplo del rey fué siempre mas poderoso que las leyes y órdenes mas terminantes; y el mejor modo de enseñar es obrando lo mismo que se manda; sé frugal en tus comidas y decente en tus vestidos; desprecia públicamente la molicie y la vida afeminada, y verás que toda la juventud romana afectará dentro de poco las virtudes de su rey.

Mas no bastarian estas sin una exacta disciplina, cuida con zelo y rigor que el centurion, por noble y rico que sea, obedezca al tribuno co-

mo el último soldado, y el tribuno deberá estar igualmente sumiso á su general; procura tambien enseñar á tus legiones, que todo hombre que ciñe espada debe respetar al que no la tiene; que el guerrero debe de ser un leon para los enemigos y un cordero para los ciudadanos; porque este y aquel son dos hermanos, de los cuales el uno atiende á la custodia y defensa de la casa paterna, en tanto que el otro se emplea en los cuidados domésticos, y prepara su alimento juntamente con el de su defensor.

Sobre este pié debes poner tu ejército: entonces si le confias á un general de acreditada experiencia, si tus murallas están en buen estado y tus arsenales bien provistos, obtendrás la paz siempre que la quieras. Podrás demas de esto conservarla sin tener que recurrir á la política, vergonzoso recurso del débil, ó infame pretesto de los perversos. No siempre es cierto engañar á los hombres con palabras, pero las obras detienen aun á los mas osados. Si un rey es justo, leal, incapaz de insultar y siempre pronto á rechazar los insultos, no debe temer las asechanzas de sus vecinos por mas pérfidos que sean.

Sé pues justo siempre para con tus aliados y confinantes; siempre pronto á reprimir sus injusticias, y lejos de turbar tu sosiego buscarán ansiosos tu alianza. Roma será temida y respetada; entonces aprovechando el ocio de una paz gloriosa, podrás dedicarte con ánimo tranquilo á dar leyes á tu pueblo. Antes de establecerlas, conviene que te formes un cuadro del orden social; verás con cuánta felicidad se ofrecen á tu idea las mejores leyes, y tus vasallos que verán

en ellas su propio interes unido íntimamente al tuyo, las admitirán y cumpliran gustosos.

Ten presente que los hombres se unieron en sociedad para lograr los auxilios preciosos á su seguridad, y proveer á las necesidades y consue- los de la vida. De este principio debes deducir todos los puntos de tu legislación.

La subsistencia fácil y segura de cada indivi- duo debe ser el primer afecto de tus leyes: este bien le da la agricultura. Para lograrle, mirarás la clase de los labradores como la mas útil, los honrarás, y asegurando sus propiedades fomen- tarás sus casamientos; de este modo volverás á la profesion que alimenta á los hombres toda la dignidad y decoro que debe tener.

No puede la agricultura florecer sin las otras artes; esta las hace nacer y las premia: protéje- las y procura llamarlas á tu imperio; verás que las artes facilitarán las tareas del campo, ocupan- do y manteniendo mayor número de ciudadanos.

Cuando los campos produzcan lo que pueden ofrecer en premio de la cultura, habrá individuos ricos de una parte superflua de producciones que faltarán á otra tierra. De aquí nacerá el comer- cio que tú debes favorecer concediéndole la ma- yor libertad; pero ten presente que el comercio que hace florecer las artes, no puede aumentar sino en porcion de los progresos de la agri- cultura.

Luego que estén establecidas estas tres basas de la prosperidad de los estados, la agricultura, las artes y el comercio, te ocuparás en las de- mas leyes, á las cuales deben estar igualmente sujetas todas las clases de ciudadanos. Deben

ser pocas y claras para que todos tus vasallos puedan comprenderlas, y las formarás con arre- glo al amor de la humanidad, que es la primera y mas sagrada ley.

Guiado por esta regla infalible, pondrás el débil á cubierto de la violencia del hombre pode-roso; le darás amparo mientras viva, y vengado- res despues de su muerte. Arreglarás los dere- chos respectivos de los esposos, les mandarás la union, la fidelidad y mutua condescendencia, y solo en casos muy raros y precisos permitirás el divorcio. Darás un poder sin límites á los pa- dres sobre sus hijos. No temas que abusen de él. Muchos son los hijos ingratos y pocos ó nin- gunos los padres malos. Concederás á los pa- tricios la gloriosa prerogativa de proteger, defen- der y enriquecer á los plebeyos. Castiga con ri- gor la mentira y la ingratitud, atemoriza á los vicios y anima á la virtud. Finalmente debes asegurar á todo ciudadano el honor y la quietud; al rico sus bienes, al pobre los recursos neces- arios y al huérfano la defensa que le es debida.

Oh Nínfa! interrumpió Numa: nada me dices de la religion á quien debo tanto. Céres se ha dignado proteger mi niñez. Céres me prometió las lecciones de Egeria, juzga si podré nunca honrarla debidamente. Además, solo con la religion podré suavizar las costumbres feroces de mi pueblo. La piedad entenece las almas, y para enseñar á los hombres á que se amen mu- tuamente, es preciso enseñarles antes á amar á los dioses. Quisiera crear nuevos pontífices y dar mas solemnidad á los sacrificios: quisiera es- tablecer fiestas, cuya pompa augusta llamaria los

hombres á la religion, los uniria mas entre sí, y haria en los templos hermanos, á los mismos que fuera de ellos solo son conciudadanos.

He formado tambien un proyecto, mas temo declarártelo; pero puesto que lees en mi alma, espero que perdonarás la causa tan pura que me anima, y el tierno y doloroso afecto que me inspira este designio.

Egeria, estoy penetrado de un santo respeto á los dioses; mas quisiera morir que abandonar su culto ú ofenderlos un solo instante. Pero he conocido á una mujer la mas perfecta, la mas amable y virtuosa de las mortales, y no adora mis dioses. Esta que he perdido, que lloro dia y noche, y en cuya ausencia no me es posible disfrutar ni quietud ni bien alguno, esta se llama Anais; Anais, dulce nombre que al pronunciarle me hace derramar lágrimas de ternura y dolor, Anais es de la religion de los magos; adora un solo Dios y venera como su emblema el sol y el fuego. Apolo y Vulcano son tambien deidades nuestras, ambas participan del culto que tributo á los inmortales; pienso pues levantar un templo á cada uno. Quiero tambien, y este será un tributo de respeto y amor que ofreceré á mi Anais, crear cuatro sacerdotisas, cuyas funciones serán mantener el fuego sagrado sobre un altar consagrado á Vesta. Este fuego siempre renaciente, puro é inmortal será para mi pueblo el emblema de la naturaleza; para mí lo será de mi amor. Las cuatro vestales serán vírgenes; para ser admitadas habrán de probar que su vida y costumbres son puras é intactas como lo eran las de Anais. A imitacion de Anais tributarán una es-

pecie de culto al fuego, del cual serán guardias vigilantes, y en memoria de aquella Anais que representarán á mis ojos, haré llegar á lo sumo el respeto y veneracion que todos les tendrán, y gozarán de los honores regios. Espero, oh Ninfa, que me permitirás tributar esta amorosa fineza á la que adoro; á aquella á quien soy deudor de las pocas virtudes que poseo y en fin á aquella que nunca volveré á ver, pero cuya dulce memoria jamas se apartará de mi corazon.

Un rato estuvo la Ninfa sin responder; su silencio inquietaba á Numa, pero en breve salió de cuidado. Rey de Roma, le dijo la voz, estimo tu constancia y espero que será recompensada. No me opongo á que honres á Anais, pero temo que hagas demasiado por ella, y que el nimio cuidado en las ceremonias del culto te distraiga del que te han de merecer los asuntos propios de un soberano. Fuiste criado en un templo; guardate de mezclar las funciones de sacerdote con las de rey; para aquellas tienes pontífices que serán responsables. Quanto mas eleva la piedad al hombre que sabe contenerla en sus justos límites, tanto mas abate al que se escede, y deja llevar de vanas pequeñeces. Ten presente que un rey sabio y religioso será un grande hombre, pero un rey supersticioso nunca podrá serlo.

Estoy muy distante de acosejarte que procedas ingrato con los dioses y menos que los olvides. Hónralos, Numa, pues así debes hacerlo, pero hónralos sirviendo á los hombres. Deja á una piedad ignorante las vanas esterioridades que

de poco sirven sin las obras; observa tu religion en los grandes preceptos que te enseña.

¿Deseas manifestar principalmente á Céres tu gratitud? Vé á recorrer los campos y aldeas, encubierto bajo el tosco vestido de labrador; mézclate entre sus habitantes que te juzgarán un hermano suyo; háblales de las leyes de Numa; infórmate de los abusos ó perjuicios que pueden ocasionar; criticalos tú mismo para animar á los otros; y conserva mejor en la memoria el poco mal que oigas decir que los muchos elogios que harán de ellos.

Visita despues la cabaña del pobre, juzga por tus mismos ojos de sus necesidades; acaricia al niño medio desnudo que llora al lado de su madre enferma; consueta al aflijido padre, y hazle esperar el socorro del cielo ó de su rey: de vuelta á tu palacio, envíales pan, ropas y trigo para sembrar sus campos.

Hé aquí el modo de honrar á Céres; esto la lisonjeará mucho mas que la sangre de mil beceras. No tardarás en ver la recompensa de tu compasiva piedad: las doradas mieses cubrirán la tierra, volverán á poblarse los lugares devastados y desiertos, y la abundancia reinará en las humildes chozas del virtuoso labrador. Los numerosos rebaños cubrirán los prados, y los valles resonarán con sus confusos balidos y el sencillo cántico de los pastores. Estos y los labradores, libres del azote de la guerra y de la miseria, gracias á tus cuidados, no se entregarán nunca al descanso del sueño, sin pedir antes á los dioses, con fervoroso afecto, por la conservacion de su buen rey.

Así habló la ninfa, y Numa arrebatado de gozo esclama: ¡Oh deidad tutelar! ¡Oh tú, á quien deberé mi felicidad y la de todo mi pueblo! ¿Será posible que el cruel decreto que me priva de tu presencia haya de ser irrevocable? ¡Tú, que me llenas de beneficios y me manifiestas un interes tan tierno, podrás privarme siempre del bien de conocer á mi bienhechora?

Numa, responde la voz, no intentes levantar el velo que me oculta: si lo hicieres, no volverás á verme. Pero sigue mis consejos; dedícate enteramente á la felicidad de tu pueblo, y yo te prometo y juro por el Supremo Sér, que el dia en que serás el mayor de los reyes, verás y conocerás á Egeria.

Despues de haber dicho estas razones calló la voz, y no contestó á las preguntas y agradecimientos de Numa.

Impaciente el rey de Roma de aprovechar los consejos de la ninfa, vuelve á su palacio y los medita. Al siguiente dia se ocupa en formar el consejo, con quien ha de consultar los puntos mas delicados de la administracion. Elije los patricios mas instruidos y virtuosos, y les agrega un número igual de plebeyos. Al manifestarle la clase de la nobleza la estrañeza que le causa verse mezclada con la plebe, responde el sabio Numa: Senadores: esta union con el pueblo que os sirve tanto en los combates, es para mí de suma utilidad en el consejo. En él, cuento ocuparme del pueblo mucho mas que de la nobleza; y así necesito de la asistencia de los principales de aquel, para que puedan informarme de sus urjencias y defender sus derechos. Necesito que

estos prudentes consejeros, criados lejos de la corte, me hablen con la franqueza, y aun diré, con la aspereza que no hallaría en boca de un senador cortesano. Quiero, en fin, si mi amor propio ó los aduladores me engañan acerca de la suerte de mi pueblo, que estos honrados plebeyos me digan: No los creas, ¡oh rey de Roma! Nosotros conocemos una multitud de infelices.

Ayudado de este consejo, en que presidía el anciano Mecio, Numa se emplea, ante todas cosas, en buscar los medios de apagar el odio que advierte entre romanos y sabinos, capaz de destruir por sí solo la pública felicidad. Para conseguir esto, y confundir las dos naciones en una sola, divide en tribus los habitantes de Roma. En el momento cada clase de éstas, compuesta igualmente de romanos y sabinos, abandona el espíritu de partido, y solo conoce el amor de la patria. Numa, oponiendo de este modo el interés comun al orgullo nacional, consiguió en breve desterrar las facciones y bandos, formando un pueblo unido entre sí, de dos que hasta entonces se habian reputado como enemigos.

Inmediatamente levanta un templo á la Concordia, otro á la Buena Fé, á la Clemencia y á la Justicia. Ofrece cultos al dios Término, como á símbolo de la propiedad, y dedica un altar á la Benevolencia universal, la principal de las virtudes y fuente de todas las demas.

Abrasado del amor de su pueblo, cada dia se levantaba con el alba para descubrir las causas del mal, ó meditar sobre algun útil establecimiento: trabajaba solo hasta la hora del consejo: en él sujetaba á las luces de sus amigos las ideas

que su imaginacion, y aun mas su corazon, le habian suministrado, y las defendia ó apoyaba como un mero senador. Pero cuando las razones que le oponian no le parecian suficientes y fundadas, pasaba á decidir como monarca.

Sin preciarse de poseer el talento poco comun de buen administrador, tenia una máxima que pocas veces le engañaba: era ésta ponerse en la situacion de aquellos de quienes se ocupaba. Si hacia ley relativa á los labradores, se imaginaba labrador y decia: ¿Qué pediria yo al soberano? Le pediria que me asegurase la propiedad, protegiese mis tareas, y me defendiese del hombre rico y ambicioso.

Para lograr estas ventajas, es justo que yo dé una parte de los frutos adquiridos con mi sudor; pero debe quedarme lo suficiente para alimentarme con mis hijos y esposa, y para sembrar de nuevo mis tierras. Cuando Numa habia pensado así, formaba su ley, la publicaba, y los agricultores la recibian gustosos.

Si el consejo le proponia la guerra, se hacia dar una cuenta exacta de los gastos que ocasionaria, y los comparaba con las ventajas que podria producir: calculaba despues lo que podria hacer con la misma suma, abriendo canales, desaguardo pantanos ó rompiendo los eriales incultos: comparaba estos bienes seguros con una victoria siempre dudosa, y con sola esta comparacion hacia desistir avergonzados á los que deseaban la guerra. Sin echarles en cara su error, solo añadia: No quiero hablaros de la sangre humana; su precio es muy superior á los mayores tesoros.

Después del consejo daba audiencia pública y mandaba de hacer administrar auxilios á los desvalidos que recurrían á él: acabada su tarea, co- caia frugalmente en compañía de algunos de sus consejeros. El corto resto del día lo empleaba en un rato de paseo, ó en el recreo de la conver- sacion de sus amigos; y al anocheecer, habiendo ya cumplido con su pueblo y consigo mismo, iba á dar cuenta á Egeria de todo lo que habia he- cho, y sacaba de sus lecciones y preceptos nue- vas luces para el día siguiente.

labrador y deca: la pedina que me asegura la propiedad, pre- leitas mis tareas, y las delandise del domi- tico y simpliciso.

Para lograr estas ventajas, es justo que yo de- una parte de los frutos adquiridos con mi sudor, pero debe quedarme lo suficiente para alimentar- me con mis hijos y esposa, y para comprar de que- vo mis letras. Cuando Juan habla pensado así, formaba su ley, la ley de los contentos

la recibiendo
Si el objeto lo proponia la
dar una
nada, y
una proba
hacer con la
aguardo pararnos á rompiendo los ejércitos incul-
los, comparaba estos bienes secutos con una vic-
toria siempre dudosa, y con sola esta compara-
cion hacis desistir y argonzados á los que dese-
ban la guerra. Sin hablar en esta su elor, so-
lo añadir: No quisio hablar de la agaga in-
nada; su precio es muy superior á los mayores
tesoro.